

► MILLENIUM / LAS 100 MEJORES NOVELAS ◀



En una Edad Media donde las emociones están en estado puro y un futuro caballero observa todo con ojos perplejos ubica Ana María Matute *La torre vigía*, el libro de la colección *Millenium* que se puede adquirir mañana con EL MUNDO con un suplemento de 275 pesetas. Soledad Puértolas, prologuista de la obra, habla de la eternidad de los sueños y las leyendas, mientras Espido Freire retrata a la escritora y académica.

Nº 100 LA TORRE VIGIA / ANA MARIA MATUTE

La eternidad de los sueños

SOLEDAD PUERTOLAS

Estamos en una remotísima Edad Media, una edad anterior a la de las culturas y civilizaciones. Hay nobles, guerreros, caballeros, señores y reyes y un ejército disperso de miserables que pululan alrededor de los castillos y las casas de los nobles. No es la Prehistoria, pero aún no es la Historia. Es la historia anterior. Aquí, las emociones están en estado puro, los odios y los amores estallan en hogueras de pasión y ciegan los claros del bosque. ¿Quién habita este mundo salvaje, elemental?, ¿quién puede vivir en él?

Gente que actúa y habla poco. La edad de las palabras aún no ha llegado. Sólo hay ecos de palabras anteriores, porque en el reino de lo anterior hay siempre un pasado, otro reino anterior. Lo anterior nos liga al origen. Estamos, de hecho, tan cerca del origen que los olores que el viento lleva de aquí para allá se filtran en nuestra piel, nos poseen, aún más que las palabras. Las palabras con las que está escrita esta novela están impregnadas de olor a bosque, a fuego, a viento húmedo del río, a establo, a sangre derramada en batallas, mazmorras y misteriosas celdas. Hemos entrado en un mundo en el que los sentidos han quedado marcados, han reconocido el territorio en seguida. Es el olor del origen.

El relato de cuanto acontece en el origen viene hasta nosotros a través de la voz asombrada y trémula, asustada muchas veces, horrorizada, exaltada, de un adolescente destinado a ser investido caballero. Hacemos el viaje con él, desde su asombro, sus miedos, su soledad.

Quizá esta soledad sea lo más llamativo de la novela. La torre

vigía que se nombra en el título se alza en solitario y condena a la soledad. El adolescente perplejo lo observa todo con los ojos muy abiertos, atónito. Siempre está solo, nunca entra en un mundo más o menos pequeño que lo proteja del gran mundo, nunca encuentra una compañía que pueda hacerle sentir parte de algo (...).

Pero se ha reservado un destino para este adolescente y, como avanza el día y se suceden las estaciones, el destino se va haciendo notar, implacable, inclemente, despiadado. El honor del caballero será alcanzado, pero hay que hacer el recorrido, hay que aprender todas las lecciones. Nada se explica, las cosas se aprenden mientras se hacen.

El futuro caballero se llena de emociones contradictorias, intensas, sofocantes. Es difícil analizar qué es lo que aprende. En las lecciones todo queda mezclado. Los sueños, las visiones y las fantasías forman parte de la realidad y muchas veces el joven no puede distinguir lo real de lo soñado o imaginado (...).

El horror descubierto en la vendimia, el placer, también descubierto en la vendimia, el atisbo de la compañía y el inmediato abandono, la posesión del amor, la intuición de la inteligencia, de la superioridad... Aquí y allá se van descorriendo velos, pero, sobre todo, predomina la sensación de la propia fuerza interior. El joven se contempla a veces en las aguas estancadas de un recodo del río. Ha sido distinguido por la atención de los grandes. Los señores de Mohl, cada uno a su modo, lo reclaman a su lado, suscitando la envidia de otros nobles y caballeros supuestamente más dignos.



Ana María Matute, en el centro, en la noche que fue galardonada con el Premio Nadal de 1960 por «Primera memoria».

Mañana, Ana M. Matute

La torre vigía (1971) es una de las creaciones más vigorosas, sorprendentes y originales de Ana María Matute (Barcelona, 1925). Surgida de la extraordinaria capacidad de la escritora para convertir en fábula todo lo que toca, la novela se sitúa en un mundo tenebroso en el que se despiezan los años de



Ejemplar de «La torre vigía», de la escritora Ana María Matute.

formación de un joven héroe caballeresco.

Matute, que escribió su primera novela a los 17 años y ha ganado premios como el Planeta o el Nadal, es la única mujer miembro de la Real Academia, además de una de las más grandes plumas surgidas en la segunda mitad del siglo XX.

Feo, fuerte, rubio, ojos azules como dardos, el joven parece el vestigio de pasados dioses. Es portador de algo.

Condenado a vivir en esta Edad Media en la que la violencia y la brutalidad son las normas, el joven escucha las poderosas voces de los sueños, de los visionarios, sean éstos quienes sean, el vigía de la torre, el propio Barón Mohl. Y opta por las voces, por los sueños, por el eco de pasados esplendores que aún retumba en el aire. Opta por regresar al mundo de lo

legendario, de lo atemporal. Opta por convertirse en leyenda.

¿Cómo, si no, nos estaría haciendo el relato que leemos? Escribe desde el pasado y su voz suena con firmeza, con el acento clásico de lo que ya está escrito. Este es, sobre todo, en mi opinión, el parentesco más relevante entre esta novela y la muy posterior de Ana María Matute, *Olvidado Rey Gudú*. Ambas novelas están escritas desde la leyenda que debe ser contada, desde lo que ya ha sido contado muchas veces y es fijado

al fin. Ambas novelas se desarrollan en la misma edad y en parecidos territorios, pero ofrecen mundos distintos. En *Olvidado Rey Gudú* todo se ha hecho más complejo y matizado. El mundo es allí vastísimo porque es de todos, y, a pesar de la crueldad, hay sitios donde puede cultivarse la inocencia, dure lo que dure.

En *La torre vigía* sólo hay un mundo porque sólo hay un héroe, nuestro narrador. Mientras se va haciendo un lugar en él, empujado por la fuerza del destino que se le ha reservado desde su nacimiento, va naciendo, en el interior del héroe, un poderosísimo sentimiento de rechazo —rechazo frontal, radical— hacia ese mundo donde la violencia es la garantía del triunfo indiscutible de la muerte.

«Desenvainé la espada y grité, a los muros y a mi conciencia, que no iría por propia voluntad hacia mi extinción; que jamás galoparía, tan ciega y neciamente, en pos de mi propia agonía. Que nunca sería un dócil y apagado habitante del polvo, tan ansioso y presto a devorarme», declara el joven casi al final. Es una declaración contra la muerte.

¿Qué es lo que hay detrás de esa muerte a la que el joven se niega? La eternidad de los sueños y las leyendas, la auténtica compañía del solitario.